

Una experiencia de desolación.

El aborto tal vez sea un acto paradójicamente voluntario e involuntario, una decisión “entre”, como cada vez que se decide arriesgar el cuerpo propio.

Por JUAN BECERRA

No ha de haber una palabra de mayor perfil gore que la palabra aborto. Sobre ella se han descargado toneladas de sentido moral, y su pronunciación avergonzada produce ecos asociados al mal, a la oscuridad mental y a una especie de perversión que ciertos monstruos humanos contrarios a la Inmaculada Concepción practicarían por amor al goce más allá de lo que Osvaldo Lamborghini llamó “fiestonga de garchar”. En el universo del verbo, la reacción que produce su presencia corre a veces –y según quien la haga correr- a la par de la palabra violación.

La discusión, aún para quienes sólo desean que sea de otros, se abre siempre hacia ramas más o menos petrificadas, generalmente recorridas por las mismas hormigas del sentido común. El cruzado sale a defender embriones con los tapones de punta, imaginando para ellos futuras biografías de encanto. Lo hace con el frenesí que no le dedicaría nunca a unidades vitales más acabadas como los niños pobres, los ancianos débiles o los desnutridos subsaharianos. Es que no está para defender personas sino una idea proto romántica, la idea de que dios manda sobre el hombre en la lengua del hombre. La traducción de sus solicitudes incluye sorpresivamente la jerga científica que desprecia en otros campos. Muy atrás quedaron los tirones de huevos a Galileo y Copérnico. Ahora se mezclan las antiguallas bíblicas con cuestiones ligadas a detectar cuán tempranamente se es humano según los conocimientos derivados de la razón.

Lo más triste de estas discusiones es que se sustrae la escena del dolor. Porque por encima de las ideas, que siempre suenan mejor que su versión aplicada, habría que tener en cuenta el suceso material del aborto. El acto de abortar en la clandestinidad enciende las máquinas de la angustia y el peligro físico; y no es hasta último momento que la decisión, ese “instante de locura” según Kierkegaard (campeón mundial del remordimiento), es tomada por quien deberá asumirla en soledad.

En “Dentelladas de tigre”, uno de los tantos cuentos insuperables de Lucía Berlin, hay una mujer, Lou, que es y no es Lucía Berlín. Llega a El Paso y la reciben con la noticia de que su madre alcohólica se intentó matar cortándose las venas. Lou tiene un niño, acaba de ser abandonada por su marido y está embarazada de cuatro meses. Su prima se escandaliza por el cuadro general en la que Lou flota como una cáscara de nuez en el océano, le da plata y la manda a una sala de abortos que no tiene nada que envidiarle a cualquier aguantadero séptico del fin del mundo, donde Lou imagina las “situaciones imposibles”, las “historias espantosas”, las “violaciones” y los “incestos” que hierven en silencio detrás de las compañeras de espera que pueblan el hall. “Todas, sin excepción, estábamos solas”, dice Berlin, incluyendo las acompañadas. Lou paga sin chances de reembolso y a último

momento decide no abortar. Le ha quedado impregnada, sin embargo, la experiencia de la desolación.

Ahora vamos a invitar a pasar a esta sala de reuniones civiles a Héctor Aguer, animador cultural con orientación en sexología al que hay que reconocerle la inteligencia incontrastable de su anticapitalismo y algunas piezas de crítica musical, especialmente la que hizo sobre Lali Espósito, lo que prueba que para un amante del *Magnificat* de Bach no hay pan duro si hay hambre de poner los puntos.

También nos conmueve su lucha cuerpo a cuerpo con ese adminículo concebido para la retención llamado condón. Es la lucha del hombre contra el forro como la hay del hombre contra la máquina. Pues, que gane el mejor. Ahora, ¿gana Aguer al decir que el forro es un fracaso al que no hay que acudir porque “solamente” tiene una eficacia de entre el 85% y el 90%? ¿Qué podría quedar para Messi, que apenas metió goles en el 80% de los partidos que jugó?

Del otro lado de Lucía Berlin, Aguer (a quien hemos invitado aquí como emblema de la incompreensión del mundo en tanto dinámica de diferencias) idolatra desde hace siglos al best seller Gustavo Martínez Zubiría, alias Hugo Wast, führerista y franquista a destajo, autor de *Autobiografía del niño que no nació*, una cosa realmente impresionante publicada en forma póstuma en 1961. Como dijo el padre Guillermo Furlong en el prólogo a una de sus ediciones, la literatura de Wast es “arroyo de agua cristalina sin mezcla”. Al diablo con el purismo del prologuista. El hecho es que *Autobiografía del niño que no nació* cuenta la historia de un cigoto, lógicamente de voz espectral, que habla en jergas adultas y con resentimiento de exterminador. Es, sin duda, el personaje narrador más precoz de la historia de la literatura universal. Todavía no nació y ya está escribiendo desde la perspectiva de una conciencia religiosa. Tan maravilloso es su don que él mismo sospecha de tenerlo: “¿Puedo hablar sin haber nacido?”. Y, no, nene, la verdad es que no podés. Ya tiene dos hermanos “vivos” (no como él que es un cigotito medido en micrones), pero está más atento a los ocho, diez hermanos no nacidos que su madre ha tirado a las cloacas por presión de su marido y el médico abortero Tubal Astaró.

El género de esta comedia de sangre es el terror psicológico de cuña moralizante, pero más importante que su ubicación formal es el modo de sostener la idea macabra de que hay, como le gusta decir a Aguer inspirándose hasta el plagio en esta literatura de basural, una “ideología abortista”, es decir una corriente cultural más o menos masiva que ama los ganchos, las pinzas, las planchas de acero inoxidable, las espátulas, los cuchillos Tramontina, las mutilaciones y que además quiere diez, cien, un millón de abortos, y que los abortos sean obligatorios como el sufragio universal y la escuela sarmientina, y que si se entrega al placer secundario y de algún modo frívolo del sexo es para llegar, por fin, a la experiencia embriagadora y trascendente de abortar.

En 2007, LMR, una chica de veinte años con edad mental de diez fue violada por su tío. Se tramitó el aborto, que por sus características no era punible. Pese a los obstáculos en la justicia y la injerencia del rector de la Universidad Católica de La Plata que le ofreció dinero a la familia de la violada para que continuara con el embarazo, el aborto finalmente

se hizo en una clínica privada. Aguer dijo: “Y todo el mundo contento”. Qué lástima que en su tarro de mayonesa el necio no puede comprender a un mismo ritmo sináptico la cuestión física de la vida (digamos el sufrimiento humano en términos empíricos) como lo hace con la del cigoto, más noble y más puro cuanto más abstracto. Lo mueve la fobia por lo que es, por lo que hay, por lo que está, reforzada por el amor al ideal por venir. Porque ¿y si ese cigoto no es otro que Jesús, como dice Wast en su novelón de embriones que flotan en las nubes?

El aborto como experiencia deseable sólo puede caber en cabezas sin imaginación. En primer lugar, no se reconoce la cantidad de casos –seguramente la gran mayoría- de mujeres que entre abortar o no abortar deciden no hacerlo, como le ocurrió al personaje de Lucía Berlin en la vida de Lucía Berlin. Queda por legislar las excepciones, donde no sabemos dónde ni por qué entraría la categoría del “y todos contentos” cuando, en verdad, se trata de una experiencia simultánea de dolor físico y tristeza moral que sería interesante que Aguer y quienes se anoten con él observaran en el modesto nivel donde suceden los hechos del padecimiento.

El aborto tal vez sea un acto paradójicamente voluntario e involuntario, una decisión “entre” que produce los ecos de algo decidido a medias (de algún modo es un ni: un sí en contradicción), como cada vez que se decide arriesgar el cuerpo propio. Lo mismo que pasa (la similitud es solo literaria pero tal vez ilustre su drama) con el acto del yubitsume, cuando algún miembro de la mafia japonesa entrega su dedo en un ritual de sangre, de pérdida y de memoria imborrable de esa pérdida. Por lo que se ve, no parece haber fiesta que pueda dejar a “todos contentos” si la moneda con que se la paga es el cuerpo